

Segundo premio del XVI CERTAMEN DE RELATO CORTO "CASA DE LEÓN EN LA CORUÑA (2015)", otorgado a **D. Carlos Fernández Salinas**

Título: "La dama del laurel". **Seudónimo:** "K.D.Woodworth"

LA DAMA DEL LAUREL

Dos mujeres sentadas a solo metro y medio de distancia pero más de cuarenta años en unidades de tiempo.

- El regidor me dice que un minuto. ¿Está nerviosa?
- No, tranquila, puedo con ello.
- La televisión es tan distinta a la radio, ¿verdad?
- Lo sé, yo también hice mis pinitos.
- ¿En serio? Los de documentación no me han dicho nada.
- Bueno, seguro que eso fue antes de que la mayoría de ellos naciera.
- ¿Por qué no siguió haciendo televisión?
- Se me hacía muy difícil tener que estar siempre maravillosa antes millones de espectadores.
- ¡Pero si es usted guapísima!
- Querrás decir: "a pesar de los años".
- Perdone, me hacen señas. Recuerde, respuestas cortas. Es lo que se estila.

Imagen del plató en penumbras. De súbito un foco ilumina a la presentadora.

—Antes de comenzar he de advertirles que esta entrevista soñada por cualquier profesional de los medios de comunicación. A mi lado se encuentra una leyenda viva que todos ustedes reconocerán nada más diga dos palabras. Gracias por estar aquí, Natalia.

—Gracias a vosotros por invitarme.

El público ovaciona a la invitada. Natalia sonríe con elegancia. Una voz en off introduce su figura mientras se proyectan imágenes de archivo.

"Natalia Arnal, La dama del laurel. Ganadora del Príncipe de Asturias de Comunicación, cuenta en su haber con innumerables reconocimientos entre los que destacan siete premios Ondas. Tras más de tres décadas de éxitos ininterrumpidos, Natalia Arnal se retira. Esta noche intentaremos acercarnos a la voz que ha cautivado a varias generaciones de españoles".

—Natalia, al saber que usted venía al programa cientos de telespectadores nos han enviado a través de la página web la misma pregunta: ¿Por qué se hace llamar “La dama del laurel”? Que sepamos nunca ha revelado el motivo.

Contra todo pronóstico Natalia Arnal esconde los ojos. Tras varios segundos la cámara vuelve a la presentadora. No le gustan los silencios prolongados, en televisión suenan como blasfemias. La invitada debería saberlo.

—Natalia, ¿se encuentra usted bien?

Natalia eleva la mirada. Sus ojos son de un azul pálido conmovedor.

—Perdona, no sé qué me ha pasado. En cualquier caso si quieres que conteste a tu pregunta debemos remontarnos a mis comienzos. Más o menos al Mesozoico —risas entre el público—. Te explico: me acababan de conceder un programa en una emisora local de la comarca de El Bierzo, en León. Mi primer programa como locutora. ¿Cuánta ilusión y cuánto miedo encierra esa frase! Hasta la fecha solo había ejercido de redactora, y no veas la matraca que le tuve que dar a la dirección de la cadena para que me dieran una oportunidad. De hecho, a veces pienso que me mandaron al exilio para perderme de vista durante una temporada —más risas—. La emisora en cuestión estaba situada en Bembibre, un municipio de diez mil habitantes que vivía fundamentalmente de la agricultura y de la minería. Al campo empezaban a llegar los métodos de producción modernos, lo que hacía que floreciese una importante industria a su alrededor, y eso significaba anunciantes para la cadena. Que nadie se lleve a engaño, no todo era de color de rosa. Meses atrás se habían celebrado las primeras elecciones democráticas y a pesar del cambio las cosas eran bien distintas a las de ahora. La emisora en sí era minúscula. Solo trabajábamos dos personas. Mi jefe, que hacía las veces de presentador, técnico de sonido, comercial y director, encarnaba las esencias del régimen depuesto por la fuerza de los votos. Recuerdo aquellas gafas de cristales oscuros como el betún y los cuatro pelos peinados en abanico para disimular la calva. Su rancia manera de vestir le hacía parecer mucho mayor de lo que en realidad era. Para colmo, nunca estaba conforme con mi labor, y cuando me hablaba terminaba todas sus frases con cierto regusto a frustración.

»Por semana hacíamos un programa de una a dos de la tarde, justo cuando se producía la desconexión nacional. Básicamente abordábamos noticias locales, sobre todo relacionadas con el campo: precios en el mercado, abonos, información meteorológica y mucha publicidad

encubierta. De tal manera que si una compañía de tractores quería introducirse en la comarca, pagaba a la cadena para que les hiciéramos una entrevista que en verdad no era otra cosa que lo que hoy se conoce por publlirreportaje. No era muy excitante, pero como ya dije, había luchado lo indecible porque me dieran una oportunidad, así que no iba a tirar la toalla. Alquilé una habitación en una pensión e intenté adaptarme a la dinámica del pueblo, si bien a una chica de la ciudad le era difícil pasar desapercibida. Los vecinos me miraban con curiosidad, en particular las mujeres, y entre estas las más jóvenes, que de aquella seguían enfrascadas en sus faldas de cuadros, jerséis de cuello vuelto y pantalones de tergal.

»Como yo tenía mis ideas acerca de cómo debía ser un programa de radio, al mes de estar ahí le dije a mi jefe que quizás deberíamos renovarnos. ¿Se te ha ido la olla o qué? Me increpó removiéndose sobre su silla. No, repliqué, simplemente podíamos darle al programa una capa de barniz. Ni se dignó a seguir escuchándome, de ahí que por mi cuenta y riesgo decidiera escribir a la central, proponiendo algo tan simple como dejar que los vecinos entraran en antena para que expusiesen sus inquietudes, y de esta manera acercar la radio a los oyentes. A los quince días, mi jefe, que no sabía que yo había escrito al director de programación, recibió una carta dando el visto bueno a mi proyecto. Te puedes imaginar la mirada gélida que me dedicó. Si se hubiera cortado con un cuchillo, de sus venas no habría brotado ni un borlón de sangre. El caso es que introducimos los cambios, y no quiero pecar de inmodestia, pero en verdad que tuvieron una gran acogida. En realidad nada había cambiado, porque los temas eran los de siempre, la única novedad era el formato, la envoltura, por así decirlo.

»La mayoría de las llamadas correspondían a mujeres, no porque ellas trabajasen exclusivamente en el hogar, que también lo hacían en el campo, lo que ocurría es que a la hora del programa regresaban a casa para preparar el almuerzo, y como de aquella solo había teléfonos fijos aprovechaban para llamar a la radio. Dado que mi jefe intentaba colaborar lo menos posible, yo era quien respondía al teléfono, y como las trataba con mimo, mis oyentes pronto cogieron confianza, lo que inevitablemente supuso que los temas empezaran a variar, en parte, reconozco, inducidos por mí. Así que empecé a hablar de costumbres que se daban en la ciudad, de nuevas tendencias, de las mujeres que aceptaban retos, lo que se diría un discurso feminista en la sombra. Ellas parecían que recibían mi tácito mensaje y para incomodo de mi jefe la participación iba al alza.

»Yo estaba que no cabía en mí, y ejercía de chamán de las ondas hasta que una vecina sacó a la luz el tema tabú por excelencia, más aún entre mujeres rurales: el sexo. ¡Acabáramos! Las primeras llamadas aludían a la cuestión de manera evasiva, pero luego fueron concretando. El asunto parecía despertar gran interés, y poco a poco el hoyo se fue haciendo más hondo hasta que, no me digas cómo ni por qué, las mujeres se pusieron de acuerdo en que no era justo que sus maridos las tomaran por poco más que una silla, donde te sientas cuando quieres y manteniendo la misma postura. ¿Por qué no sentarse alguna vez mirando al respaldo?, una voz anónima sugirió. Seguro que esto les puede sonar a chiste, pero de aquella, en un pueblo eran palabras mayores. La cara de mi jefe era un poema. Lo sabía, salmodiaba una y otra vez, esto es lo que pasa por darle la palabra a quien no se debe.

»Un lunes, una vecina llamó con una propuesta, digamos, transgresora. En líneas generales animaba a todas las mujeres del pueblo a que la próxima noche del sábado llevaran a cabo una jornada de puertas cerradas. Ya se imaginan por dónde iban los tiros. O los hombres cambiaban de actitud o ellas les forzarían a hacerlo. Al momento secundaron la llamada decenas de vecinas que eufóricas apoyaban la medida y desde ese momento la “jornada de puertas cerradas” fue la comidilla. No se hablaba de otra cosa. En el mercado, en la farmacia, en la plaza del ayuntamiento. Las llamadas continuaron durante toda la semana. Por vez primera en la milenaria historia de Bembibre, ellas sentían que tenían la sartén por el mango.

»Ahora bien, nunca debes subestimar a tu contrincante. Ese viernes recibimos la llamada de un varón que contraatacaba de manera contundente: si ellas no les daban lo que entendían que era un derecho en un matrimonio bendecido por la iglesia, ellos no se iban a quedar con las piernas cruzadas, nunca mejor dicho, por lo que el sábado por la noche citaba a todos los hombres del pueblo en un punto kilométrico de la carretera comarcal en la que acababan de inaugurar un local de farolillos rojos y llamativas luces de neón. A renglón seguido varias llamadas de varones aceptaron el reto. Al otro lado del micrófono yo estaba desbordada, sin saber cómo reconducir una situación que podía desembocar en un cisma de consecuencias imprevisibles.

»Y llegó el sábado. Mi jefe me dijo que estábamos en la obligación de cubrir una noticia que nosotros mismos habíamos provocado, si bien era evidente que lo único que pretendía era darme un escarmiento. Así que para allí fuimos en su destartalado *seiscientos*, él al volante y yo con el casete de la emisora bajo el brazo. Según divisamos las inconfundibles

haces de neón, mi jefe se vio forzado a disminuir la marcha, ya que en las inmediaciones se estaba formando una caravana a la que no se le veía el final. Por lo visto los hombres de Bembibre y alrededores habían acudido corporativamente a la llamada. Recuerdo que aparcamos en una especie de descampado adjunto al lupanar, y que de los automóviles comenzaron a bajarse una media de cuatro o cinco pasajeros que formaban en corrillos bulliciosos. Alarmado, mi jefe me dijo que mejor que quedara dentro mientras él salía a ver en qué quedaba todo. A la voz de ya los varones se encaminaron hacia el club, pero cuando se encontraban a unos metros de la puerta, por detrás de los matorrales surgió un grupo de mujeres organizadas a modo de guerrilla lanzando piedras, casquetes y otros objetos contundentes al tiempo que les dedicaban toda suerte de lindezas. ¡Sinvergüenzas! ¡Lascivos! ¡Aquí bien dispuestos que venís y en casa siempre rezongando! Los hombres, sorprendidos, dieron un paso atrás, lo cual a ellas les insufló ánimos para lanzarse furibundas sobre sus maridos. A estos no les quedó otra que defenderse como gatos panza arriba. A pocos metros de mi coche se repartieron más bofetadas, pescozones y pellizcos que en una película del oeste, un espectáculo, créanme, poco edificante. Tal tamaño alcanzó la algarada que se tuvo que presentar la Guardia Civil para llevarse a quienes más alboroto causaban. Media docena de matrimonios pasó la noche en el calabozo, y el resto de implicados, magullados y magulladas, según el caso, regresaron a sus hogares en actitud poco conciliadora.

»El domingo no se vio un alma por Bembibre, ni siquiera en misa, donde solo acudió el párroco (quien se lo llevaban los demonios) y tres o cuatro viudas octogenarias con quienes parecía que no iba la guerra. El lunes, mi jefe, que al salir del coche se había llevado una buena pedrada, ni siquiera me dirigió la palabra. Era uno de esos momentos en los que deduces que la pelota está en tu tejado y que solo tú puedes recuperarla, así que tras inspirar profundo, entré en antena con mi particular visión del asunto: «El hombre y la mujer son biológicamente distintos porque la naturaleza decidió que esta era la manera más divertida de perpetuar la especie humana, por lo que guste o no, estamos condenados a entendernos. Sugiero que esta noche ellos pongan una ramita de laurel encima de la almohada y que ellas acepten este gesto en señal de sincero arrepentimiento». No es del gusto de nadie mantenerse de uñas con el ser amado, así que los hombres del pueblo comenzaron a llenar de laurel las camas de sus esposas, quienes estuvieron a la altura sofocando la fogata del rencor. Las llamadas que los días siguientes fuimos recibiendo nos confirmaron que muchos matrimonios estaban viviendo una segunda y acalorada luna de miel.

»A la semana siguiente inesperadamente mi jefe me invitó a comer en un mesón cercano a la emisora. Pidió botillo para los dos. Comí como si hiciera años que no probara bocado. A los postres mi jefe me entregó una ramita de laurel. Yo me quedé de piedra.

»—Tranquila —dijo— Solo es un gesto para hacer las paces. Por cierto, me han echado de la emisora.

»Una irreprimible sensación de culpabilidad se apoderó de mí. Al ver mi zozobra, él se apresuró a puntualizar:

»— No te preocupes, que nada tiene que ver contigo. El motivo es bien distinto. Soy homosexual. La dirección lo sabía y estaba esperando la ocasión. Ya ves, Natalia, las mujeres avanzáis pasito a pasito, pero a nosotros nos obligan a caminar con grilletes en los pies...

La cámara se centra en los ojos de Natalia. Presentan profundas arrugas en las comisuras de los párpados que el maquillaje es incapaz de disimular. Pero brillan. La mujer concluye:

—Hubo un premio Nobel que afirmó que la felicidad solo es cuestión de buena salud y mala memoria. Yo me rebelo ante tal simpleza. Solo puedes ser feliz si asumes tus errores. Por eso me impuse el apodo de “La dama del laurel”, para no olvidar que a veces quien más necesita de tu apoyo es quien más se empeña en disimularlo. ¿Por qué? Porque tiene miedo. Miedo de nosotros, de nuestros prejuicios, del odio que volcamos hacia los que se muestran diferentes. Tan simple como eso. Tan cruel.

El plató está en silencio. La presentadora, que en todo momento ha permanecido callada mientras Natalia hablaba, tampoco sabe qué decir. De pronto alguien comienza a aplaudir. Le siguen otros miembros del público. Las cámaras también aplauden, los técnicos de sonido, los que manejan las luces... El aplauso es atronador. El aplauso sincero que Natalia ha anhelado escuchar desde hace treinta años.

—FIN—